

El Secreto del Embalse La Paloma

En las tierras áridas de Monte Patria, el embalse La Paloma resplandecía bajo el sol abrasador, un espejo de agua que parecía contener más que simples reflejos. La leyenda decía que en el fondo del embalse yacía un antiguo tesoro, oculto por una civilización perdida, custodiado por las aguas y los cerros circundantes. Pero pocos se atrevían a creerlo.

Sara, una joven arqueóloga, llegó a Monte Patria intrigada por los rumores. Su abuela, nacida en la comuna, siempre le hablaba de las antiguas historias de la zona. "El embalse oculta más de lo que ves", le había dicho en sus últimos días. Sara no podía ignorar esa frase.

Una mañana, con la primera luz del día, Sara se aventuró en una pequeña barca hacia el centro del embalse. Las aguas eran tranquilas, casi como si guardaran un silencio solemne. Al llegar al punto más profundo, sumergió un sonar, buscando alguna señal bajo la superficie. El aparato no tardó en detectar algo.

Era una estructura, oculta a la vista de los curiosos. Sara, emocionada, se lanzó al agua con su equipo de buceo. Al descender, lo vio: unas antiguas ruinas cubiertas por plantas y musgo. Las piedras formaban un círculo alrededor de un extraño artefacto. Parecía un altar.

Cuando Sara tocó una de las piedras, algo inesperado sucedió. El agua comenzó a brillar con un tenue resplandor dorado, como si el embalse despertara. Las leyendas cobraban vida ante sus ojos. De repente, una figura apareció ante ella: un anciano con ropas de otra época.

"No es oro lo que buscabas, joven", dijo el anciano, "sino el legado de quienes veneraron este lugar. La sabiduría y la paz de estas tierras están aquí, no en el brillo de un tesoro material".

Sara emergió a la superficie, atónita. El embalse La Paloma no ocultaba riquezas terrenales, sino una conexión ancestral con la tierra, una promesa de armonía y respeto por la naturaleza.

Ese día, Sara comprendió que el verdadero valor del embalse estaba en lo que ofrecía a quienes lo cuidaban: un recordatorio de que el agua, fuente de vida en esas tierras secas, era el verdadero tesoro de Monte Patria.

Autor: Cristóbal Benjamín Ramírez Plaza